

## La presencia del enemigo malo<sup>A</sup>

**Germán Colmenares**

El Profesor A. V. Franké<sup>B</sup> publicó en *El Espectador* un artículo en que se refería a la enseñanza de la historia en los colegios de bachillerato. Él, como historiador profesional, señalaba algunas fallas esenciales en la exposición de los textos escolares y citaba el caso concreto del relato de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán. El doctor Franké se mostraba escandalizado por la afirmación un poco ingenua de que la muerte del líder había sido provocada por el “Comunismo Internacional” (o ateo). Inclusive se detenía a mostrar en detalle las incoherencias de esta interpretación, puesto que, ausente de cualquier tipo de evidencia, el deber del historiador era atenerse a los hechos sin aventurar una interpretación insostenible. Y los hechos, todos los hechos comprobados, indican que habría que seguir otro rumbo para explicar —al menos— las implicaciones de la muerte de Gaitán. De lo contrario debería emprenderse una investigación muy problemática (puesto que las fuentes son muy insuficientes) sobre las complicaciones del hecho histórico que se llamó la Guerra Fría. Respecto a la autoría del delito, es evidente que lo que impropriadamente se llama “Tribunal de la Historia” no puede sustituir a los tribunales ordinarios. La tarea del historiador no es propiamente la de un investigador policiaco, la de un juez instructor. Tampoco debería esforzarse por aparecer como un encubridor. La verdad histórica afecta a la comprensión global de los hechos y no tiene nada que ver con nuestras preferencias personales.

- 
- A Copia de computador, realizada por instrucciones de Hernán Lozano, el editor de la *Obra Completa* de Germán Colmenares. En la parte superior de esta copia se lee en letra manuscrita: *MAGAZÍN DOMINICAL. El Espectador*. Mayo 18, 1969. Copiamos el texto de manera casi completa —casi porque una frase ha sido excluida por la dificultad de establecer su sentido—, y agregamos alguna coma, necesaria para su mejor comprensión. La situación inmediata de la que parte la nota de Colmenares se hace fácilmente comprensible desde los primeros renglones del texto. El artículo, como otros de esos años que publicamos en este *dossier*, es una muestra de la precariedad, pobreza y estado incipiente de la discusión historiográfica con la que se encontraron los nuevos historiadores en los años sesenta. Una discusión que en general recordaba la problemática historiográfica del siglo XIX, toda ella atravesada por un visible espíritu patriótico y retórico. El texto de Colmenares, por lo demás, es una mirada crítica sobre los manuales de enseñanza de historia de Colombia, una de sus preocupaciones más constantes.
- B A. V. Franké, personaje importante en la nota que se va a leer, fue en los años 1960 un profesor de Historia en la Universidad de los Andes, en donde Germán Colmenares lo conoció, pero no sabemos nada en particular sobre sus orientaciones historiográficas, ni conocemos ninguno de sus trabajos, si existen. El apellido Franké —escrito Franqué— aparece citado en una carta de junio 5 de 1968 del Rector de la Universidad de los Andes, Francisco Pizano de Brigard, para Colmenares, quien se encontraba en Chile haciendo estudios de maestría. En la carta Pizano de Brigard le habla a Colmenares de lo que va a ser un departamento de Historia, con fuertes intereses en la investigación, y cuáles serán los principales miembros de ese departamento, entre los que menciona al “Profesor Franqué”. Es posible, pero no tenemos como asegurarlo, que el profesor Granados que se menciona en la nota, sea el clérigo historiador, autor de textos escolares de historia de Colombia, Rafael María Granados, S. J., académico de mucho renombre en esos años.

El artículo del profesor Franké, sin embargo, no se refería a cuestiones esenciales de metodología histórica. Más que a la ciencia aludía al supuesto moral que presidió las excelentes investigaciones históricas de la historiografía alemana del siglo pasado. Aceptando este punto (cuya afirmación más nítida se encuentra en los trabajos de Ranke), planteaba exigencias mínimas para un manual escolar: que mantuviera una constancia histórica en la exposición, y sobre todo que mostrara un mínimo de seriedad respecto a las fuentes de información.

Al doctor Franké le parecía inconcebible que la enseñanza de la historia en los colegios de bachillerato estuviera confiada a una exposición incoherente y que se mantuviera sobre tesis insostenibles o francamente estúpidas. Las conclusiones que hubieran podido derivarse del artículo eran obvias: en primer término, la ausencia absoluta de investigaciones serias sobre los hechos, aun los más importantes de nuestra historia reciente. Segundo, la ausencia de un clima favorable para la investigación desapasionada de estos hechos. Tercero, el uso irresponsable de la exposición histórica en los colegios de bachillerato.

A pesar del tono polémico del artículo del doctor Franké, su exposición merecía algunas reflexiones responsables sobre estos problemas. Primero que todo, preguntarse sobre qué bases científicas se apoyan las afirmaciones de nuestros manuales escolares: ¿acaso los recuerdos personales del autor? Es evidente que no puede recordarse todo lo que ha afectado en formas diferentes a veinte millones de personas. Y parece claro que en el caso que el profesor Franké quiso discutir, la interpretación estaba calcada en los argumentos apasionados de la Guerra Fría y que las “fuentes” que el autor del manual utilizó consistían en panfletos a los que no se sometió en ningún momento a la crítica histórica.

Sin embargo, hoy he visto con sorpresa —y un poco más: avergonzado— que el profesor Granados ha respondido en una breve carta, publicada por *El Espectador*, a las críticas del profesor Franké. El profesor Granados, que se afirma “patriota colombiano” es, al parecer, autor de uno de los manuales a los que se refería el doctor Franké. La contestación es muy peculiar y un poco chocante. El tono en que está concebida es, tal vez, “patriótico”, pero absolutamente inconveniente tratándose de una discusión académica. En primer término, el profesor Granados se toma muy en serio como profesor de bachillerato. Tan en serio que comienza por despojar a su adversario de toda dignidad académica llamándolo “supuesto catedrático”. Y luego se toma así mismo muy en serio como patriota, alineando al doctor Franké como el “enemigo malo”, llamándolo en todo momento con demasiada familiaridad como si se tratara de uno de sus párvulos escolares “Camarada Franké”. No sé por qué estos peculiares procedimientos me hacen recordar mis inefables días de bachillerato, cuando yo mismo aparecía sospechoso de todas las heterodoxias por leer a W. Scott, A. Dumas y Eugenio Sue. O me hacen recordar los textos de filosofía en los que Descartes aparecía poco menos que como un imbécil, Leibnitz como un maniaco, Kant como un

tonto peligroso. Sin hablar de los textos de historia que se detenían morosamente en la imagen de un Lutero repleto de depravaciones sexuales. Otros pasajes del alegato del profesor Granados me hacen recordar los deliciosos sermones del “Retrato de un artista adolescente” de Joyce. Pero nada que sirva para recordar a las objeciones sustanciales del doctor Franké sobre la ineptitud científica de los manuales escolares.

Si se interpretara literalmente al profesor Granados cualquiera estará tentado a pensar que la historiografía colombiana adolece de ciertas servidumbres muy conocidas en el país del “enemigo malo”... “... el texto está conforme a los programas oficiales y ha merecido el aplauso de competentes y esclarecidos personajes algunos de ellos oficiales”...

Si asumimos esto, ¿quiere decir el profesor Granados que hay una historia “oficial” colombiana? O ¿que el mérito científico de una obra de historia depende del aplauso o del prólogo de un esclarecido personaje? En este caso el profesor Granados haría mejor, tal vez, en atenerse al criterio de los historiadores profesionales y no de “competentes y esclarecidos” —suponemos que “doctores”—. Ellos más bien “hacen la historia”, y por lo tanto son parte interesada cuando deciden sustituir a los jueces penales. De otro lado, la historia es una ciencia que exige un entrenamiento profesional y no puede depender en ningún momento de la “aprobación oficial”.

Así, ni el patriotismo ni la aprobación de los personajes basta para escribirla. Por eso, creo, no hay en el momento una “lección de historia” aprovechable en Colombia para encarar nuestras realidades, a no ser que así quieran llamarse los discursos ineptos de los manuales escolares.